



II DOMINGO DE PASCUA*

“Dichosos los que no han visto y han creído”

Luis Fernando Crespo

Les recuerdo, como siempre, leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Hechos 4,32-35; 1Carta de Juan 5,1-6; Juan 20,19-31

El tiempo litúrgico de Pascua, inaugurado en la Vigilia Pascual, dura siete semanas hasta las fiestas de la Ascensión y de Pentecostés. En estas semanas leeremos diariamente el libro de los “Hechos de los Apóstoles”, eco y manifestación del Resucitado en la vida de las primeras comunidades cristianas, que van surgiendo y afirmándose por el testimonio de los apóstoles, especialmente de Pedro y Pablo. Esa lectura, además de informarnos sobre estos primeros pasos de la Iglesia, nos ayuda a confrontar nuestras situaciones, desafíos y búsquedas pastorales con la creatividad, audacia y firmeza de aquellos primeros tiempos en los que se sentía y se acogía la presencia iluminadora del Espíritu del Resucitado.

Precisamente la primera lectura de este domingo hace mención de algunas características importantes (o de las aspiraciones siempre reconocidas a pesar de no ser siempre practicadas) de la vida y del espíritu que animaba a la comunidad de Jerusalén: “un solo corazón”, es decir una experiencia comunitaria de reconocimiento y amor mutuo; una práctica de comunión y de eficaz solidaridad: “no había entre ellos ningún necesitado... porque se repartía a cada uno según su necesidad”. Y lo que constituía el fundamento de su identidad: “los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con gran poder”, en la predicación, en la oración y en signos que continuaban los de Jesús. En el capítulo anterior se había narrado la curación de un hombre tullido, que habían realizado Pedro y Juan a la entrada del Templo (3,1-10). El tiempo pascual es propicio para fortalecer la vida comunitaria en el amor y cuidado mutuo, en la búsqueda atenta de maneras nuevas de compartir los bienes según las necesidades concretas de cada uno y en el testimonio de Jesús que impulsa a la solidaridad comprometida con los más necesitados y vulnerables.

El tiempo de Pascua es también el de una permanente invitación a experimentar la presencia del Resucitado como fundamento mayor de nuestra fe en el Señor Jesús. El relato que se lee hoy en el evangelio resulta aleccionador para el proceso y progreso de nuestra fe, la de quienes no “hemos visto” al Señor, pero hemos sido llamados a “creer”

* Ciclo A

en él. En la primera parte del relato el Señor se presentó a los discípulos reunidos. La fe es una decisión personal, pero se realiza en el seno de una comunidad. La iniciativa, en todos los relatos, proviene del Resucitado, incluso debiendo superar las trabas – “estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas del lugar”- de la falta de expectativa por parte de los discípulos. Viene a traer “paz” a aquellas personas turbadas y atemorizadas por los últimos acontecimientos. Confirma su identidad “mostrando sus manos y el costado”. Es el mismo Jesús, el que había sido crucificado como resultado de cómo había encarado su vida y misión. Y viene para dejarles el encargo de continuarla: “Como el Padre me envió, también yo los envió”. No se trata sólo de una visita de consuelo a los amigos, sino de comprometerlos en el “seguimiento” de su persona y de su misión. Como lo había prometido reiteradamente en la cena de despedida, ahora, resucitado, cumple con su palabra: “Reciban el Espíritu Santo”. La vida y misión “cristiana” tiene esta referencia “trinitaria”: el Padre, el Hijo resucitado y el Espíritu configuran la identidad de quien ha sido llamado y decide seguir a Jesús.

La segunda parte del evangelio se refiere al episodio de Tomás. Se resiste a creer sólo porque los demás lo dicen. Él quiere fundamentar su fe en su propia experiencia y quiere estar seguro, sobre todo, de que ese personaje “resucitado” es realmente el Jesús que había conocido, a quien había seguido y querido, hasta el punto de haber animado a los demás discípulos: “vayamos también nosotros a morir con él” (Jn. 11,16). Jesús comprende la exigencia de Tomás y condesciende con ella. A los ocho días vuelve al encuentro con los discípulos, dirigiéndose directamente a Tomás. Éste no necesita comprobar, no se dice que metió sus dedos en el agujero de los clavos y el costado. Ante la presencia de Jesús sencillamente expresa la más plena confesión de fe: “Señor mío y Dios mío”, la que, como creyentes, repetimos cuando en la eucaristía nos presentan el cuerpo y la sangre del Señor.

Habría que agradecer mucho a Tomás su libertad y su sentido crítico para no dar su adhesión a la ligera. Y sobre todo a Jesús su comprensión y condescendencia con nuestras inseguridades e indecisiones de creyentes. Un detalle más a tomar en cuenta para nuestra propia experiencia de fe: Tomás, reencontrándose con la comunidad, se encuentra definitivamente con Jesús.

La segunda lectura está tomada de la Primera carta de Juan. Las palabras: “El que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios” leídas a los ocho días de la Pascua evocan el eco de la noche de los bautismos en la Vigilia pascual. La palabra “Jesús es el Cristo” confesada en el bautismo es más que una fórmula ritual; implica en la persona bautizada que “ha nacido de Dios” como criatura nueva, como hijos e hijas, y conlleva un sentido nuevo de la vida fundamentado en el amor inseparable a Dios y a quienes han nacido de Dios. Y afirma, además, algo muy importante: la fe en Cristo, vivida en el amor a los hermanos (los nacidos de Dios), es “la victoria que vence al mundo”. En el lenguaje de la comunidad de Juan, el “mundo” apunta a la humanidad que se resiste al amor de Dios, a la fraternidad y a la justicia nueva que Dios quiere. La dinámica del “mundo” se manifiesta en proyectos sociales que desprecian la vida de los pobres e insignificantes, causa inequidad y muerte. ¿No habría que entender con esta clave mucho de lo que

acontece hoy en el mundo y en nuestra sociedad, como resultado del interés egoísta (“el mundo”) en vez del amor fraterno? Y en ese caso la lectura invita a la esperanza. No estamos vencidos, ni hay que dejarse vencer. La fe en la resurrección de Jesús, vivida en el amor lúcido, concreto y eficiente, como él practicó y nos enseñó, puede vencer al “mundo”, al proyecto del interés egoísta y la discriminación prepotente de los poderosos. La victoria sobre el mundo reclama que nos planteemos una manera nueva de vivir la humanidad como fraternidad, como lo ha recordado bien el Papa Francisco en su encíclica *Fratelli tutti*.

Como resumen de lo que nos ofrecen estas lecturas pascuales, podríamos concluir que en el proceso de la vida cristiana se acompañan y complementan la experiencia personal de encuentro y seguimiento de Jesús, la fraternidad solidaria en la vida de la comunidad y el testimonio evangelizador de una práctica que conjugue el amor recibido de Dios y el amor practicado que sirve y libera a quienes - personas y grupos humanos- más lo necesitan. La fe en el Resucitado, que vive plenamente en el misterio del Dios de la vida, tiene una connotación humanizadora y liberadora insoslayable: la defensa y la promoción de la vida –en todas sus dimensiones personales y sociales- de quienes son ignorados y “crucificados” en nuestra humanidad. La Pascua es tiempo de esperanza y de liberación, de luz que ilumine las sombras en las que caminamos en nuestro tiempo. La Pascua es “paso” de esclavitud a libertad, de egoísmo a solidaridad, de muerte a vida, entendiéndolo no de manera intimista, sino encarnada en las realidades y situaciones históricas.